

Antonio Gramsci, **La formación de los intelectuales**, México, editorial Grijalbo, colección 70, 1967, 159 pp.

Para analizar este volumen del origen y la función del intelectual en la sociedad moderna se partió de un ejemplo de los enfoques que Antonio Gramsci daba a los problemas sociales. Su planteamiento tiene todo el rigor del punto de vista del materialismo histórico, que en forma tan creativa y militante aplicó el marxista italiano. Gramsci dice:

¿Son los intelectuales un grupo social autónomo e independiente, o todos los grupos sociales tienen sus propias categorías de intelectuales especializados? El problema es complejo por las diversas formas que ha asumido hasta ahora el proceso histórico real de la formación de las distintas categorías intelectuales (p. 21).

Según el teórico marxista “todo grupo social que surge sobre la base original de una función esencial en el mundo de la producción económica, establece junto a él, orgánicamente, uno o más tipos de intelectuales que le dan homogeneidad no sólo en el campo económico, sino también en el social y en el político”. Esto implica la existencia histórica de relaciones entre las distintas clases de la sociedad moderna y aquellos “especialistas” que cumplen una función social necesaria para los intereses y el desarrollo de dichas clases. En la sociedad moderna, dice Gramsci, el empresario capitalista se ve impulsado a formar al técnico de

industria, al especialista en economía política, al creador de un nuevo Derecho y al de una nueva cultura, que con el tiempo se independizan de la cultura feudal. Por tanto, "el intelectual orgánico" emerge "sobre el terreno a exigencias de una función necesaria en el campo de la producción económica".

Debe tomarse en cuenta al confrontar este libro que trata diversos temas y problemas culturales (la formación de los intelectuales, cuestiones preliminares de filosofía, etcétera) que la lectura de la obra de Antonio Gramsci conlleva al estudio de los variados aspectos de la estructura y la superestructura en interacción dialéctica. Y es que en oposición al economicismo y al cientismo de la II Internacional, el marxista italiano destaca la relevancia de la praxis en la realización del proyecto revolucionario y de ahí su gran atención al papel de los factores políticos e ideológicos de la estructura social, sin descuido de la instancia básica de lo económico. Para Gramsci la categoría de intelectual en la sociedad moderna está ligada históricamente a la aparición de las clases burguesa y proletaria. Debe definirse no sólo en atención a la especificidad de la tarea intelectual –despliegue de energía intelectual en lugar de esfuerzo nervioso muscular–, sino al papel de la misma actividad en el conjunto de las relaciones sociales. Dice Gramsci:

Ya se hizo observar que los empresarios, por su misma función, deben tener, en cierta medida, una serie de cualidades de tipo intelectual, pero su personalidad social no está definida por estas cualidades, sino por las relaciones sociales generales, que precisamente caracterizan su posición de empresarios en la industria.

Por consiguiente, podría decirse que todos los hombres son intelectuales, pero que no todos tienen en la sociedad la función de intelectuales (pp. 25 y 26).

Por eso nosotros hablamos aquí de la concepción gramsciana de intelectual en sentido lato, pues, creemos, existe además el intelectual creador que incrementa la cultura y la ideología (en sentido de concepción del mundo) de una clase, manejando y aplicando esa concepción con métodos y con la preparación necesaria. **Lo que quiere destacar muy justamente el marxista italiano es la amplitud de la función intelectual en el mundo moderno.** Dicha función se torna esencial, por ejemplo, para el grupo en el poder. Así el funcionario de Estado cumpliría, en el desempeño de sus funciones administrativas, ejecutivas o legislativas, la función no sólo de perpetuar la ideología de la clase dominante, sino la de obtener el consenso de las clases no antagónicas a las dominantes y, en su caso, el de las dominadas.

Los intelectuales –dice– son los “empleados” del grupo dominante a quienes se les encomienda las tareas subalternas en la hegemonía social y en el gobierno político; es decir, en el consenso “espontáneo” otorgado por las grandes masas de la población a la directriz marcada a la vida social por el grupo básico dominante, consenso que surge, “históricamente”, del prestigio y, por tanto, de la confianza originado por el grupo prevalente por su posición y su papel en el mundo de la producción (pp. 30 y 31).

Como vemos, el enfoque del marxista italiano es sugestivo y explicitador por la relación que establece entre la labor intelectual y los siguientes problemas: 1. El papel de la ideología dominante en la sociedad; 2. El mantenimiento del aparato del Estado –problema de la coerción y el consenso–; 3. La cuestión de la reproducción y la modificación de las relaciones sociales vigentes.

Si con esta tesis caracteriza Gramsci la extensión que la función ideológica ha alcanzado en la sociedad moderna, podríamos añadir que la misma función se ve modificada por nuevos factores operantes en las sociedades capitalistas actuales. Gramsci entendía que “la categoría de los intelectuales... se ha extendido en forma inaudita en el mundo moderno”, intelectuales “que no se justifican solamente para las necesidades de la producción, sino también para las exigencias políticas del grupo básico dominante” (pp. 31 y 32), pero hoy podemos apreciar cómo el intelectual en sentido amplio, el especialista en algún saber, es manipulado igualmente por el aparato ideológico-propagandístico de la burguesía, que pasa a ser el agente conformador de las conciencias en la sociedad burguesa. A medida que la burguesía manipula la información, la producción del juicio crítico y objetivo se hace más difícil.

El intelectual en sentido lato de Gramsci ha quedado subordinado en buena medida al aparato propagandístico. Gramsci ha adelantado genialmente la respuesta práctica necesaria respecto a esa situación, con su idea del intelectual orgánico ligado a la clase obrera. Su labor debe consistir

en enlazarse activamente en la vida práctica como constructor, organizador y persuasor constante –pero no por orador– y, con todo, remontándose por encima del espíritu abstracto matemático; de la técnica-trabajo se llega a la técnica-ciencia y a la concepción humanística-histórica sin la cual se es “especialista”, pero no se es “dirigente” (especialista político) (p. 27).

Al estudiar el papel del intelectual, Gramsci pone de relieve, por consiguiente, su función como perpetuador o como renovador de

la estructura social y de la superestructura burguesa, planteando al mismo tiempo el papel del nuevo intelectual ligado a la clase obrera. Se trata, entonces, de proyectar la tarea intelectual a la transformación revolucionaria. Aparecen como necesidades, que nosotros apuntaríamos a partir del aquí y el ahora de nuestra realidad social, las siguientes: 1. Desmistificar la concepción del mundo y la cultura toda de la burguesía, así como su superestructura política, revelando sus fundamentos y sus implicaciones en nuestra sociedad; 2. Desarrollar la ciencia del marxismo-leninismo en todos los terrenos del saber y la cultura para colocarnos y mantenernos a la altura de las investigaciones y planteos que se realizan en otros países, cuyos movimientos obreros, partidos políticos y luchas sociales se hallan en estadios más avanzados y de vanguardia; 3. Urgencia de desarrollar una nueva ética de los revolucionarios a partir del humanismo militante y del desarrollo de la ideología y la cultura proletaria, donde las masas son el protagonista y el héroe. El intelectual orgánico de que hablaba Gramsci puede y debe surgir ligado a estas actividades para integrarse a la revolución.

Miguel Bautista